

La pornografía ya no es lo que era

GRACIELA ESPERANZA

*“Estamos ciegos de ver” Juan Becú (Título de un cuadro)
“Al ser humano, en tanto animal culto, no hay manera de
arrancarle, sin desollarlo, ni las frivolidades espiritualistas
ni la profunda vocación por la voluptuosidad”
Ercole Lissardi*

Playboy metió a los hombres en sus hogares. Convenció a los chicos de que era fantástico quedarse a jugar en casa. Mientras las otras revistas masculinas –Argosy, Fidel&Stream, True– manifestaban que los hombres debían dedicarse a cazar patos o pescar truchas, la (revista) de Hefner dejaba a los hombres preparando cocteles, sentados junto a la chimenea y jugando al backgamon o besando a la novia. En lo que años después pudo verse como una irónica complicidad con feministas... *Playboy* arremetía contra las instituciones establecidas del matrimonio, y la vida hogareña y familiar en las urbanizaciones. De pronto la soltería se había vuelto una opción posible, adornada, además con bebidas inteligentes, equipos de alta fidelidad y pisos urbanizados, capaz de superar los sueños de la clase media americana. Los hombres descubrían que era posible ser sofisticados y el universo *Playboy* los invitaba a valorar “lo mejor de lo mejor”: la literatura, una buena pipa,

un jersey de cachemir y una bella mujer. Estados Unidos asistía al nacimiento del soltero urbano, que por fin podía ahorrarse la sospecha de ser homosexual por no ajustarse a las normas hogareñas, gracias a su dosis mensual de fotos de mujeres desnudas (Preciado, Beatriz, 2010: 33-34).

Beatriz Preciado en su libro *Pornotopía* (del que extraigo ese fragmento) propone a la puesta en circulación de la revista *Playboy* como un paradigma arquitectónico-pornográfico destinado a alojar un cambio radical en la concepción de la vida sexual masculina americana a partir de los años 1950/60.

El proyecto de Hugh Hefner lo ratifica cuando dice:

Quería una casa de ensueño. Un lugar en el que fuera posible trabajar y también divertirse sin los problemas y los conflictos del mundo exterior. Un entorno que un hombre pudiera controlar por sí solo... Sería un refugio y un santuario... buscaba crear mi propio universo, donde me sintiera libre para vivir y amar de un modo que la gente apenas se atreve a soñar.

Según Preciado, quien caracteriza a esta época como un precipitado fármacopornográfico propio del capitalismo, (las bodas del porno con el consumo de fármacos) el proyecto Hefner-*Playboy* constituyó una operación inmobiliaria increíble y sin precedentes que se completó con una definición arquitectónico-mediática de pornografía como mecanismo capaz de llevar adelante una producción pública de lo privado y un devenir espectáculo de la cosa doméstica.

El nombre que Preciado le da a este proyecto es "*Pornotopía*". Un nuevo significante para nombrar un particular espacio porno-

arquitectónico-político que incluye lo pornográfico y lo sitúa en un espacio arquitectónico-político que comienza a surgir e intervenir en la vida americana.

Una suerte de vuelta al hogar del varón de la post-guerra rodeado de piscinas, mujeres desnudas y cócteles, todo esto gracias a una revista que en el año 1962 circulaba a una velocidad pasmosa por todos los quioscos de Estados Unidos y se viralizaba en hoteles, en clubes nocturnos y en los hogares americanos. Como consecuencia de lo cual comenzaba a exhibirse una impresionante representación pública de la sexualidad y al fundador de la revista se lo verá lidiar más de una vez con las leyes antiobscenidad que regían aun en ese momento.

La casa del varón americano que anhelaba y concretó Hefner se convirtió según sus palabras en un “ático de soltero”. Ya no era necesario el traslado al burdel, el burdel estaba adentro de la casa y los medios de comunicación de masas atravesaban los muros de las casas para registrar al playboy en sus juegos eróticos. La Mansión Playboy alojaba en su interior al burdel, ahora conectado con estudios de televisión, operaciones de prensa, decorados cinematográficos y un incesante desfile de mujeres que potencialmente estaban destinadas a posar desnudas en “un bunker herméticamente cerrado” y desde allí salían por los circuitos televisivos al mundo entero.

Lo que Preciado describe con precisión como “*espectáculos de encierro domésticos*” en los que la arquitectura se vuelve sede indispensable en el avance de la construcción del ojo pornográfico al servicio también de los medios de comunicación de masas.

Está claro entonces que con la era Hefner y su pintoresquismo se asiste a la desaparición de los Museos Secretos de pornografía, siempre inquietantes, y a su sustitución por esta campaña de difusión de la pornografía mediática representada por un inocente

animalito semi-doméstico, siempre joven y “saltarín” como lo es el “conejo”.

Lejos estamos del descubrimiento de las reliquias pompeyanas que sepultadas por el Vesubio, constituyeron el dolor de cabeza de curadores y catalogadores cuando se interrogaban acerca de cómo proceder frente a semejantes imágenes lascivas y obscenas. La primera reacción, claro está, fue sustraerlas al ojo del espectador. Nadie debía de tener acceso a ellas, es el momento de segregación de las imágenes, estas debían ser excluidas de la mirada de las mujeres, los niños y los pobres. Solo los pudientes, poseedores del dinero necesario, podían acercarse a las cámaras prohibidas para observar esos objetos e imágenes sorprendentes, controvertidos y groseros. A partir de su aparición el término “pornografía” estará por lo tanto ligado de manera indisoluble a la historia de la censura.

La pornografía pasa a ser cosa de libros, catálogos y museos y se convierte así no solo en algo que puede darse a ver como representación de lo lascivo, sino en un problema y hasta un concepto, por cierto bastante difícil de definir.

De hecho Walter Kendrick en su libro *El museo secreto* describe con claridad la dificultad que se extendió a lo largo de siglos para encontrar una definición más o menos adecuada del término pornografía. Fue acuñado recién a mediados del siglo XVIII para usarlo para la catalogación que agrupaba los objetos vergonzosos descubiertos en Pompeya.

Kendrick señala el derrotero sinuoso que este término sufrió a lo largo de los siglos en su recorrido, digo sinuoso, ya que si bien es un término tan viejo como la civilización occidental (del griego: *pornographos* escrito sobre prostitución), aparece por primera vez en un Diccionario a mediados del S. XVIII y entre 1755 y 1857 desaparece de los mismos, no figura, no se lo encuentra, es decir que

hubo un momento en la historia del término en la que por casi 100 años desapareció de los diccionarios para renacer después.

Kendrick señala acertadamente que el término en su significación va empobreciéndose a lo largo del tiempo.

Así en 1909 el *Oxford English Dictionary* define a la Pornografía como un término que proviene de un diccionario médico: “Descripción de la prostitución o prostitutas en cuanto asunto de higiene pública”.

Hay una segunda definición más actual: “Descripción de la vida, costumbres etc., de las prostitutas y sus clientes: de aquí la expresión o sugerencia de lo licencioso o de temas poco castos tanto en literatura como en el arte”.

Y finalmente en 1975 en el *American Peritaje Diccionario* se la define como: “Forma escrita o gráfica de comunicación que intenta despertar la lascivia”.

Bien, pero más allá de las diversas definiciones, digamos que el siglo XXI no solo nos encuentra lejos de las excavaciones de Herculano y de Pompeya, también nos encuentra lejos del despliegue *pornotópico* de Hefner. Puesto que acceder, tal como esta época lo ha propiciado, al fin de la censura, facilitó que la industria pornográfica se volviera un negocio multimillonario y extremara su potencialidad extendiéndose sin barrera ni límite. El fin de la censura parece coincidir con el fin del pudor.

Al respecto Ercole Lissardi en su libro *La pasión erótica*, cita a Louis Thérout quien en su artículo “Cómo la Internet mató al porno” asegura que “la aparición en la red de sitios de pornografía gratuitos influye en la decadencia de ese inmenso negocio que había llegado a tener la industria pornográfica, ahora los consumidores bajan videos sin ningún costo, pero a esto se le suma que cada consumidor puede hacer uso de la red para subir sus propios videos y surge en la actualidad el video amateur”.

Los modos de participación del aficionado porno son múltiples, tantos como lo posibiliten los recursos tecnológicos de que disponga, desde la web hasta las fotos telefónicas, contando también con las pasiones desinhibidas de esa masa anónima y familiar de consumidores. En fin una feria interminable de flujo pornográfico. A cada paso es posible servirse del cuerpo pornográfico.

Ya no se ve la gran Mansión Playboy sino todo tipo de espacio como cuartel para la exposición, por lo general bastante precario, paredes descascaradas y espejos sin brillo que en nada evocan los decorados fastuosos de la puesta en escena casera de Hefner.

Si con la era Hefner el Museo Secreto quedaba atrás, con la era informática, el pintoresquismo decorativo a lo Hefner también ha quedado atrás para dar lugar a lo que entiendo Lissardi denomina la *Pornósfera*, es decir la presencia en la sociedad hipermoderna del cuerpo pornográfico, compitiendo con el cuerpo deportista, con el cuerpo médico, con el cuerpo de la moda, con el cuerpo publicitario. Este cuerpo pornográfico que no guarda ningún misterio, es un cuerpo cuyo objeto en exclusividad es la representación del coito, no guardando para sí ningún irrepresentable. No hay nada oculto, no hay ningún más allá para este cuerpo en exposición, ningún secreto y ningún misterio. Es un cuerpo desvergonzado. Al decir de Byun-Chul Han son imágenes inequívocas por lo tanto pornográficas.

Una definición de Lissardi del cuerpo pornográfico nos interesa: “el cuerpo pornográfico es cuerpo humano tal y como lo presenta la pornografía completamente abierto y expuesto a la mirada en todos sus pliegues, sus orificios y protuberancias dispuesto para a la actividad sexual o ya realizándola”. Entiendo que no se trata en absoluto de relaciones sexuales sino de la representación escénica y pornográfica del coito.

Es muy claro que este cuerpo pornográfico destinado al ojo pornográfico, es compilado de fantasmas y deseos de cada quien, funcionales a esta nueva subjetividad sostenida en el fin de la transparencia y el exceso incandescente de luz. Dicho de otro modo pura positividad. En suma un cuerpo sin acontecimiento.

Esta nueva forma de producir y consumir pornografía, tan diferente a lo largo de la historia, es la que acompaña a lo que llamamos los goces hipermodernos o de la hipermodernidad, formas de goce que a su vez se desprenden del empuje que produce esta época de completa transparencia fundada en las nuevas tecnologías. No es una crítica a la época sino una constatación.

La pornografía no se reduce a ser una práctica que tenga que ser demonizada, sino que es necesario leerla, tal como dice Kendrick, como un concepto, es decir ponerla entre comillas: “pornografía”, y constatar la curva que va desde, cómo se ha ido modificando para entrar al mercado global con dividendos nada despreciables en el cálculo propio del devenir capitalista, hasta, según Theroux, alcanzar su decadencia por su extensión masiva a nivel planetario.

Arte, revistas, objetos, películas, fotos, videos a granel que influyen sin duda en esta nueva figura del porno actor-consumidor, pero ocurre que, parafraseando a Lissardi, la sobreestimulación sexual que busca adherentes no está dirigida al cuerpo de nadie sino al fantasma del cuerpo pornográfico como tal anónimo, abstracto, sin identidad y sin deseo. Si casi parece un museo de cera.

Ocasión interesante entonces para dar cuenta de cómo el fantasma, a diferencia del síntoma como acontecimiento de cuerpo que como tal escapa a la captura del para todos, puede ser tomado en los andariveles del consumo masivo, anónimo, abstracto y sin particularidad.

Bibliografía

- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Kendrick, W. (1995). *El museo secreto, la pornografía en la cultura moderna*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Lissardi, E. (2013). *La pasión erótica. Del sátiro griego a la pornografía en Internet*. Buenos Aires: Paidós, Entornos 19.
- Preciado, B. (2010). *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la Guerra Fría*. Barcelona: Anagrama.
- (2010). “Saslon.com”. En *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la Guerra Fría* (pp. 33-34). Barcelona: Anagrama.